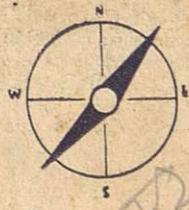


AGUJA DE MAREAR DEL COOK CALAMBE, DEL GUAJIRO Y DE LA GUAYABERA



El 1º de Julio de 1829 nació en Victoria de las Tunas Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, cuyo híbrido pseudónimo de "Cook Calambé", (el cocinero salvaje, el cocinero que usa taparrabo), ha pasado a ser un símbolo de criollismo, bajo la eufonia de Cucalambé.

Se dice "el Cucalambé", y resueñan los sinsontes, arrullan las tojosas, aparecen sanos guajiros sobre alegres cabalgaduras, y del paisaje vienen melodías de tiples y calambreras de güiro. Ese nombre de Cucalambé tiene olor a café carretero y sabor a casabe con malarrabia; no obstante, viene de complicaciones muy poco montunas, de impulsos recogidos en Virgilio y en Teócrito. La cultura erudita parió una flor silvestre. Una vez más se evidenciaba aquello de la complicación tremenda de lo sencillo y de lo cristalino.

El Cucalambé llegó a la naturaleza cubana y a la persecución de los tipos peculiares de la vida campesina, llevado por la mano de Virgilio, quien pintaba pastores simples, vaqueros sin trastienda, fabricantes caseros de mantequilla y miel. Para Nápoles Fajardo, nuestro guajiro era el campesino de las silvas latinas, el pastorcillo de las églogas, el Filibeo o el Amintas, que aquí se llamaba Emerencio o Apolonio. Pero de la escenografía sacada de las Bucólicas a la realidad posible que ofrecieran los campos cubanos surgía un contraste tan violento, que Cucalambé se lo resolvía a pura embriaguez de palabras. No se ha observado que en realidad el Cucalambé era dueño, más que de una experiencia campestre, de un vocabulario con abolengo montuno, recogido en las más disímiles regiones y expresiones del país:

Yo he de oír las guacamayas
cantando en los yamagüeyes,
veré volar los cateyes
sobre las praderas rasas,
y oíré silbar las yaguasas
en los montes babineyes.

Por este acumulo de vocablos supuestamente guajiros, se presenta a Nápoles Fajardo como la encarnación del campo y del campesino, de lo rústico y pastoral. ¿Es ello cierto? Creemos que no, que habría mucho por aclarar y puntualizar en esto, pero también creemos que a nadie perjudica tener a manos un representante personal de lo guajiro, y más aún, de lo indígena, porque tiene su gracia y su utilidad esto de que el cantor de Hatuey y de Guarina—ya no se sabe si hablamos de "precursores de la nacionalidad" o de marcas de helados y de productos lácteos—sea un hombre culto, avispado, polémico, que sabía de metros y de rimas mucho más de lo que dejaría pensar la simple lectura de sus cantos mejor popularizados. Que el guajiro haya tomado como grande embajador ante



2)

la literatura nacional a un hombre tan poco guajiro como éste, es ya una señal del carácter, de la psicología guajira: presentarse como muy humilde, muy ignorante, muy cándido, para acabar, a poco, demostrando más picardía, saber y experiencia que todos los capitalinos reunidos.

Y es también paradójica, inesperada y muy criolla por todo esto, la representación que de la guayabera se ha entregado a Nápoles Fajardo. Con toda posibilidad, jamás vistió esta prenda campesina; ni en sus mismos versos ha dedicado a la guayabera—a la guayabera verdadera—mucho atención que digamos. En la más graciosa de sus descripciones de un idilio campesino, presenta a aquel guajiro que iba "montado sobre una yegua rosilla", con este alarmante atuendo:

Fuera de sus pantalones,
mecíale la fresca brisa
las faldas de la camisa
guarnecida de botones.
—Llevaba unos zapatones
de pellejo de majá,
flores de Guatapaná
en la cinta del sombrero,
y era el tal hombre un veguero
de las vegas de Aguará.

Ese hombre que sale con flores de dividivi en el sombrero, y va vega abajo desoyendo todos los consejos de nuestro querido Henry Wotton sobre la camisa por fuera del pantalón, ¿no tiene nada que ver con este criollo de ahora, quien también se suelta las faldas de la camisola y abre el cuello de la titulada guayabera, y por no obligarse a nada que le moleste no gasta sombrero? Por los tiempos de Nápoles Fajardo, quienes vestían a lo campesino eran los campesinos y nadie más. Ahora todos, de cuando en cuando, vestimos la guayabera alforzada, desencuadernada y cuelliabierta, que está en los medios urbanos como una rotunda prueba tácita de la subversión y anarquía general de valores que pudiera ser síntoma de democracia profunda, pero también pudiera serlo de decadencia y disolución inexorable.

Porque casi nadie está en su sitio, y los mejores se arrinconan, y se exalta a los peores, las guayaberas penetran en las fiestas sociales antaño elegantes, piden pase para la ópera, reciben personalidades, y recorren las calles de la capital y de las ciudades importantes, como si tuviesen el encargo de decir que aquí, debajo del cemento y del acero, de los rascacielos y de las propiedades horizontales, de las cafeterías y los supermarkets, hay una aldea inmensa y un aldeanismo atroz.

La levita que Sarah nos viera, ya desapareció. Ahora, guayabera rústica en primera línea, nos encontraría la Divina sentados en un taburete, con el montuno tres entre las manos, y entonándole una guarachita al Cocinero del Taparrabo, al complicado y complicador Cucalambé.

G. B.

Mu, Julio 10/06



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA